

lla, tan piadosa y buena, como bella y amable. Que nos digan á nosotras, que la conocimos ántes, que la religion no es buena para nada. ¿Tu prima, hoy tan cristiana, no se diferencia tanto como el dia á la noche, de aquella Aurelia incrédula, caprichosa, coqueta, altiva y extravagante? ¿Y á quién debe ella tan dichoso cambio si no á la religion que ahora conoce, que practica tan bien y á quien ama tanto?

Adios, querida Carolina, mañana rogaré á tu santo por tí con todo mi corazon y comulgaré por tí; pero tú no dejes por tu parte de pedirle al Santo Arzobispo de Milan, que interceda por tu amiga, la pobre

SOR TERESA.

CARTA XXX.

Paris, Hospital de San Luis.

¡Ay! Carolina, ¡qué traicion! ¡quién la habria creido capaz de eso? La señora tu prima, esa Aurelia que quiero tanto, me ha engañado! ha herido en lo más vivo mi amor propio! Y lo que es peor para mí, me veo obligada en conciencia, de alegrarme de que haya sido así. Tú lo puedes hacer sin trabajo, porque á tí no te ha quitado, como á mí, el mérito de una buena obra, la gloria de un triunfo que debe haber sido un motivo de alegría en los cielos, así como de rabia y de furor en el infierno.

En fin, me avisan que me busca la Sra. de Marval, y como no es bueno hacer esperar á nadie, es preciso irla á ver inmediatamente; con esto, no concluiré mi carta hasta que se vaya

Ya partió, y voy á seguir exponiéndote mis quejas contra ella, quien ha querido que tú seas el árbitro de nuestra diferencia, aunque está segura de que le has de dar á ella la razon, como yo tambien me lo sospecho, y aun que la felicitarás por su fortuna.

Ya sabes que Aurelia me habia impuesto una especie de obligacion, de trabajar en la conversion de su marido: con esto, eché mis planes, y lo esperaba con resolucion. La primera vez que vino á visitarme, solo hablamos de cosas indiferentes; la segunda, ya aventuré algunas reflexiones sobre la triste indiferencia de los ánimos para todo lo que mira á la religion: se sonrió con hipocresía y no respondió ni una palabra. Volvió ayer, y me abrió él mismo el camino, con lo que entónces lo ataqué de frente. Me dejó hablar más de un cuarto de hora, sin contestarme más que "sí" "tiene vd. mucha razon" y algunos signos de aprobacion con la cabeza.

Por fin, enfadada ya de su laconismo, le dije abiertamente:

—Pues si vd. conoce que yo tengo razon, ¿por qué no obra vd. de acuerdo? Me parece

que es deber de todo hombre honrado, conformar su conducta á sus creencias.

—¿Y qué! ¿no lo hago yo? replicó sonriéndose.

—No; vd. no cumple con todos sus deberes, le respondí con viveza, y le hice un resumen de los más principales de todo cristiano.

—Desengáñese vd., Sor Teresa, estais predicando á uno que ya se convirtió.

—Diga vd. mejor, á uno que no quiere convertirse, ni darnos el consuelo de verlo hecho un católico fervoroso y práctico.

—Ya lo soy, se lo repito á vd., y no sé cómo dar gracias á Dios de haberlo hecho, y cada dia me alegro más de haber dado ese paso.

Me lo dijo con un tono y una emocion que no pude dudar más de su veracidad.

No es facil describirte mi sorpresa, querida Carolina, que manifesté en un primer momento con varias interjecciones ¡ahl ¡ohl que hacian reir de buena gana á tu primo.

Despues de un corto rato logré coordinar una frase y preguntarle de qué medio se habia valido Dios para hacerle abrir los ojos y ponerle en camino de salvacion.

—En primer lugar de vd., mi respetada her-

mana, y despues, de mi querida Aurelia. Si, sin duda, porque si no fuera por vd., jamás habría llegado á ser ella lo que es hoy dia; es decir, un modelo de dulzura y amabilidad, cuyo nuevo proceder me ha demostrado hasta la evidencia, lo que puede la santidad de una religion que ha cambiado en ángel un. . . ¿por qué no lo he de decir? que ha convertido en ángel á un verdadero demonio que hacia el tormento de mi vida, como hoy hace todo mi encanto y felicidad.

—¡Bendito sea Dios! exclamé dulcemente conmovida y profundamente penetrada de reconocimiento hácia un Dios tan bueno y tan misericordioso.

—Sí, bendigámoslo juntos, dijo el Sr. de Marval, démosle gracias por haberme convencido de la divinidad de su religion y de la infalibilidad de su Iglesia, de quien espero mostrarme en lo de adelante hijo sumiso y obediente.

Tan noble profesion de fé, me dispensa de todo comentario; pero permítame una reflexion que hice esta mañana, pensando en la conversion del Sr. de Marval; y es, que siendo el ejemplo mucho más eficaz que las palabras, es claro, que si tantas mujeres como hay, que se

tienen por piadosas y se quejan de la poca religion de sus maridos, supieran como Aurelia, moderar su genio y reformar su conducta, segun los preceptos del Evangelio, tendrian tanta probabilidad como ella, de conducir de nuevo á sus esposos á la amistad de Dios.

Ahora que te he dado una buena noticia que debe llenarte de alegría, me vas á hacer favor de oír otra que te ha de interesar ménos, pero que á tu amiga le ha dado un gran gusto.

Sabes bien que no puedo dejar una empresa sin concluir. Así es muy natural me haya empeñado en terminar la de la Sra. Chevalier, con un desenlace excelente: y para lograrlo bastaba reconciliarla con su tia, la Srita. Béchar. Por desgracia yo no la conocia, y era poco probable que nunca pudiese dar con ella, porque solo sabia que habitaba una casucha en un barrio, precisamente á la otra extremidad del mundo, es decir, de Paris: semejante obstáculo no me desalentó porque lo creí superable. Su sobrina, que no pierde ocasion de elogiarla, me habia dicho que era una señora muy caritativa, de lo que deduje que sin duda tendrian alguna parte en sus limosnas nuestras hermanas de la casa de San Felipe, que le debian de quedar

cerca, y que por consiguiente ellas la habían de conocer perfectamente.

Esto supuesto, rogué y supliqué tanto a nuestra Madre, que por fin se decidió a llevarme á la dicha casa de nuestras hermanas. Nos recibió muy bien la Superiora, que con la mía, habían tomado juntas los ejercicios especiales que cada año se dan solo para Superiores.

Le expuse yo, sin más preámbulos, el motivo de nuestra visita y el deseo que tenía de hacer amistad con la estimable Srta. Béchar.

—Es lo más fácil, me contestó; la espero nada ménos que hoy; hace diez años que estoy aquí y jamás se la ha pasado un solo jueves sin que venga á hacernos una corta visita. En cuanto al proyecto que vd. tiene de reconciliarla con su sobrina, dudo mucho que lo logre vd. realizar.

—¿Por qué? la interrumpí yo; la creo muy piadosa.

—Lo es en efecto; pero por desgracia le han metido en la cabeza que su sobrina, en su tiempo de mundanidad, abjuró la fé católica.

—Pero todo eso es una infame calumnia....

—Lo conozco, mas no he podido persuadirselo así á la Srta. Béchar, que, como casi todas

las personas grandes ya de edad, no quiere confesar nunca estar equivocada. Por otra parte, aunque muy devota, la pobre señora, que tiene pocos alcances y es fácil de sorprender, no puede perdonar á su sobrina el no haberla dado gusto.

—Sí, casándose con su *interesante* protegido; pero pienso que con poco sentido comun, debería haber comprendido que esa union habria sido tan ridicula como desgraciada.

—Sin duda, ¿pero qué quiere vd., hermana? ella estaba bajo el influjo de la madre, que habia conseguido hacerla creer que el tal matrimonio era la mejor obra que podia hacer en su vida, y que no era posible que su sobrina se resistiese.

Su negativa sirvió para interpretar mal su conducta, y á pesar de la muerte de la madre y del hijo, que habia adoptado la Sra. Béchar, todavía no ha podido borrarse la mala impresion que recibió su ánimo.

—¿Cree vd., le pregunté, cree vd. que si se llegara á probarle que la Sra. Chevalier, no ha sido mundana, y sobre todo que siempre se ha conservado firmemente unida á la fé de sus padres, la perdonará ella sus pretendidas faltas?

—¡Ay! no me atrevería á esperarlo: ha dicho tanto que jamás ha de consentir en volverla á ver, que temo que su amor propio le impida volver sobre sus pasos: y sin embargo, tiene buen fondo; pero el orgullo nos hace hacer muchas tonteras.

—Eso ya es algo más que tontera, hermana, no querer perdonar una ofensa imaginaria; es odio, es pasión.

—Así lo entiendo... pero ¡chist! oigo que viene. Sobre todo, para ganar su benevolencia, ha de estar vd. sumamente atenta á sus conversaciones; los ancianos, como vd. sabe, gustan de platicar y de ser escuchados con atención, y ella no se aparta de esa manía general. También la agrada mucho que se la tenga toda especie de consideraciones, que se la haga esa especie de pequeños servicios que se ofrecen á cada paso; en fin, yo se lo digo, hermana, para que vd. se conduzca como la conviniere.

En esos momentos entró la Sra. Béchar al recibidor; es una anciana alta y de buen porte, que tiene un aire de bondad agradable, que me simpatizó mucho, lo que no contribuyó poco

para afirmarme en mi propósito y para hacerme concebir algunas esperanzas de buen éxito.

Aprovechándome de los consejos que me acababan de dar, me apresuré á acercarla una silla y ponerla un banquito para los piés.

Me dió las gracias con mucha amabilidad, y le preguntó á la Superiora de la casa de San Felipe, si era yo una de sus hijas.

—No, señora, se anticipó Sor Victoria á contestarle; Sor Teresa me pertenece á mí, y no la cederé á otra casa sino á más no poder.

—Con razón, contestó la Sra. Béchar, mirándome con fijeza y tomando un poco de rapé; hace vd. muy bien en querer conservar semejante hija.

La anciana, como ves, es cumplimentera, y como no me lo esperaba, me puse muy colorada sin saber qué contestar: solo pude desquitarme con levantarle uno tras otro sus guantes y después su pañuelo y su caja de polvos, que parecía haber dejado caer á propósito, con el único fin de procurarme á mi el honor de recojerlos y dárselos del mejor modo que me fué posible. No perdí mi trabajo, pues la conquisté por completo, y me encargó que no dejara de ir á visitarla. La dije que tendría mucha satisfacción en

corresponder á ese favor, si mi superiora me lo permitia: ésta no tuvo inconveniente en concederme allí mismo la licencia, y nos separamos la Sra. Béchar y yo encantadas mutuamente una de otra.

Pocos dias despues estuve á hacerle una visita que me acabó de ganar toda su benevolencia; la repetí algún tiempo despues, y se pusieron las cosas tan favorables, que ya á la cuarta entrevista me dió una prueba de confianza, comunicándome una parte de sus pesares, y quejándose del aislamiento en que vivia.

Eso era precisamente lo que yo deseaba.

La compadeci mucho; la dije que comprendia perfectamente lo penoso que le habia de ser, ese aislamiento, pues mientras más va uno avanzando en la vida, va necesitando más estar rodeada de cuidado y de atenciones; y en fin, le pregunté por qué no buscaba alguna señora piadosa y servicial que la acompañara.

—¡Ay! querida hermana, me contestó suspirando, ya he hecho la prueba lo menos con diez....

—¿Y en ninguna encontró vd. cariño y dedicación?

—No, en ninguna. Las más me creían de-

masiado exigente, y se tenían á sí mismas por muy desgraciadas en tener que servirme; otras me hacian enfadar ó me trataban como á una vieja vuelta á la infancia. En suma, se creían mis víctimas, y yo era la de ellas; con lo que tuve que renunciar á un remedio peor que la enfermedad.

—Tal vez las elegia vd. ya de edad. Seria mejor buscar alguna jóven bien educada, que la acostumbraria vd. más fácilmente á su modo y que habia de tener seguramente más deferencia con vd.

—¡Una jóven! querida Hermana, ¡Dios me libre! la juventud no conoce hoy ni respeto, ni consideraciones á la vejez; no trata más que de divertirse, y además, ¡qué vigilancia no se necesita tener sobre una jóven! Se hace una responsable ante Dios de toda su conducta, en el momento en que una la admite en el interior de su casa.

—Podria vd. adoptar á una niña de familia decente, pero poco acomodada; ó mejor á alguna huerfanita que, por gratitud, la amaria á vd., mirándola como á su segunda madre.

—Ya lo he pensado varias veces; pero abandono luego ese proyecto porque, ¡ay de mí!...